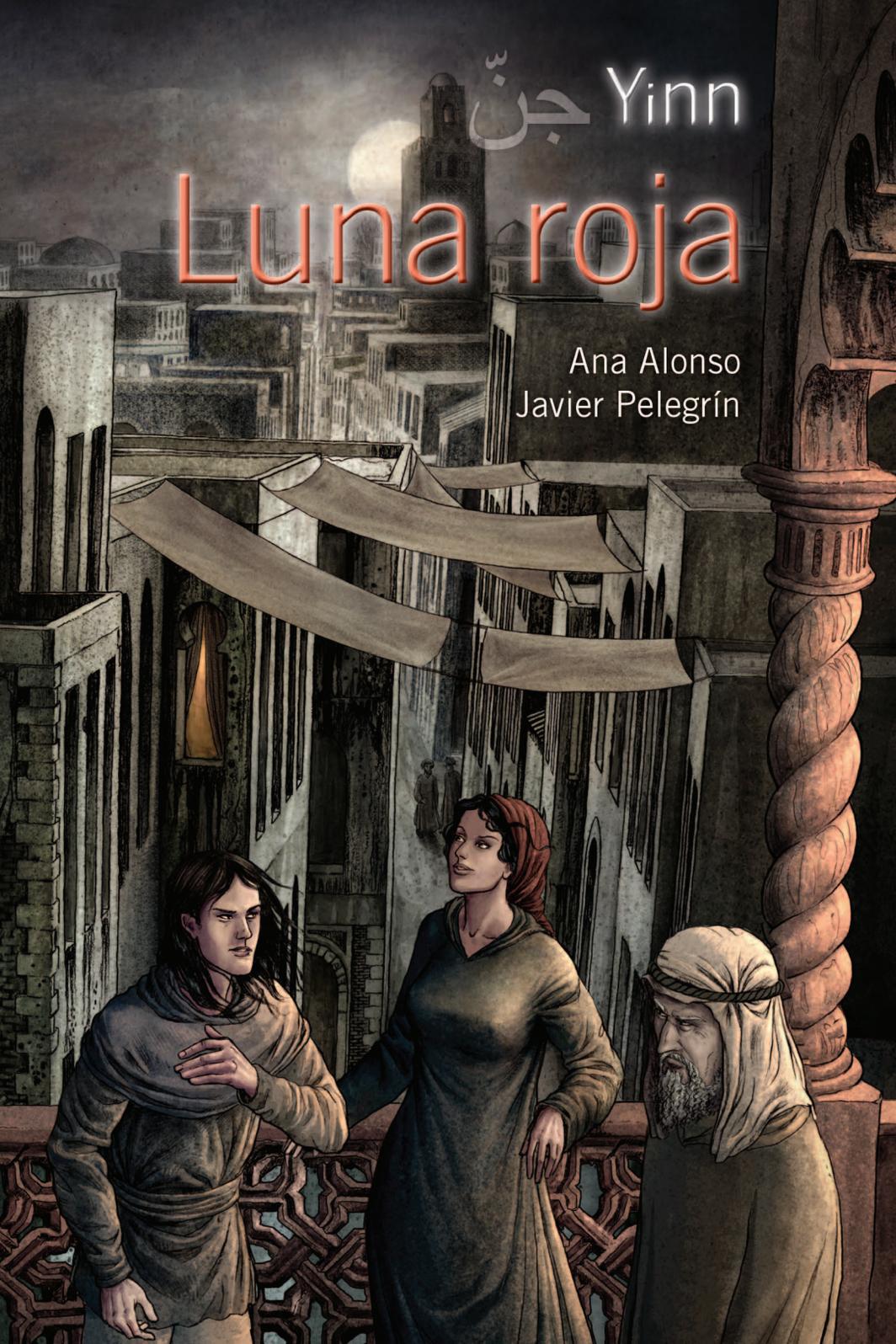


Yinn

# Luna roja

Ana Alonso  
Javier Pelegrín



*A Francisco Pelegrín, nuestro lector más fiel*

# Preámbulo

**E**N *YINN FUEGO azul*, nos encontramos en el año 1120, el yinn Akil regresa al mundo de los hombres para servir a un joven noble leonés llamado Diego Tovar. Diego ha perdido sus tierras y está dispuesto a todo para recuperarlas. Pero el único modo de conseguirlo consiste en robar un valioso manuscrito al mensajero que lo transporta... y que resulta ser una chica llamada Sahar.

El problema es que Diego no puede matar a Sahar, porque se ha enamorado de ella. Ambos descubren que están siendo manipulados por la reina Urraca de Castilla y el obispo Diego Gelmírez, enfrentados en una interminable lucha de poder. Pero gracias a su ingenio y a la ayuda de un joven cabalista judío llamado Yehudá, los dos jóvenes logran salvar el manuscrito y sus propias vidas... A cambio, eso sí, de un alto precio: tendrán que abandonar las tierras cristianas del norte, donde Akil, ya libre de su esclavitud, había encontrado por fin el amor en una joven cristiana a la que nunca podrá olvidar.

# PRIMERA PARTE

# Capítulo 1

**H**AY UNA CLASE de heridas que la magia no cura: son las heridas del corazón.

Esa dura verdad la he descubierto aquí, en la casa de Tareq, en este hermoso y triste rincón de la ciudad de Isbiliya. Triste, al menos, para mí... Vivo en la casa de mi antiguo señor como un huésped de honor al que no se le priva de ningún lujo o comodidad; y, sin embargo, mi espíritu no logra reposar ni de día ni de noche. Solo pienso en Olaya; mi pequeña y delicada Olaya... ¿Dónde estará a estas horas? ¿Qué pensamientos cruzarán su mente? ¿Se acordará de mí? Aún me parece estar oyendo su voz de cristal cuando, bajo las altas bóvedas del castillo, pronunciaba suavemente mi nombre: «Akil...».

Mi hermosa niña. Y pensar que todo mi poder, mis oscuros saberes acumulados a lo largo de siglos, no pueden ayudarme a estar cerca de ella... ¿De qué me sirve la inmortalidad si ni uno solo de mis días futuros lo pasaré junto a Olaya? No quiero mi poder; no quiero mi magia... De buena gana renunciaría a esos dones a cambio de vivir junto a la joven que ha cautivado para siempre mi alma.

Pero no tengo elección. No la tengo.

A veces, cuando siento que ya no puedo soportar por más tiempo la tristeza de haberla perdido, me asalta la tentación de ir a buscarla. Eso podría hacerlo. Aunque el dolor ha debilitado mis poderes hasta convertirme en una sombra de lo que fui, aún sería capaz de encontrar las fuerzas para entrar en el castillo de Olaya sin ser visto. Iría a buscarla, la envolvería en mi capa y los dos partiríamos flotando sobre los melancólicos paisajes de su tierra hacia algún país remoto donde nadie nos encontraría jamás. Olaya echaría de menos a los suyos, pero yo me esforzaría para hacerla feliz...

Ojalá pudiera ser; pero no es posible. Los seres humanos son tan frágiles como las plantas exóticas. No pueden ser arrancados de su lugar de origen y transportados a cualquier otro sitio sin tener en cuenta sus sentimientos. Yo conozco los de Olaya, sé lo mucho que significa para ella su padre, lo que sufriría si yo la alejase de él y le impidiera cuidarlo en su vejez. Sé que eso la mataría por dentro... y además, ¿qué podría ofrecerle a cambio? No soy un mortal. Aunque quisiera, no podría brindarle una vida normal, una familia, hijos... Ella iría envejeciendo a mi lado y mi eterna juventud la haría sufrir. Y yo, con todo mi amor, no podría hacer nada para cambiar eso.

Mi única esperanza es que me olvide. Que ella, al menos, pueda encontrar el amor en otro corazón y vivir una existencia feliz. Digo que es mi única esperanza, pero, al mismo tiempo, me atormenta... ¿y si el mortal que ella elige no merece la felicidad de ser amado por ella? ¿Y si es un cobarde, un hombre indigno, un codicioso más interesado en su dote que en la propia Olaya? Claro que también podría ser un hombre de bien, un joven caballero leal y valiente, dispuesto a luchar para defender a su esposa frente a cualquier peligro...

Odio admitirlo, pero esa última posibilidad me mortifica aún más. No quiero que Olaya encuentre al mortal perfecto que la aleje de mí. Pero tampoco quiero que sufra como yo para el resto de sus días. Por Alá, ni siquiera sé lo que quiero.

Estaba sentado bajo uno de los arcos del patio, rasgando las cuerdas de mi laúd mientras le daba vueltas a mi desventura, cuando vi que Sahar venía a mi encuentro. Los abalorios de plata que adornaban su túnica verde tintinearón un momento aún cuando se detuvo frente a mí y me quitó suavemente el instrumento de entre las manos.

—Te necesito, Akil —me dijo en voz baja—. Viene Abbas... Necesito saber qué es lo que le dice a mi padre, y tú, con tus poderes, seguro que puedes oírlo.

—Abbas —repetí, confundido—. ¿Quién es?

—Es el padre de Nasser. ¿Sabes quién es Nasser, no? —Sahar puso los brazos en jarras y me miró con el ceño fruncido—. No puedo creer que lo hayas olvidado... ¡Es mi prometido!

Mi gesto de estupor solo consiguió aumentar el nerviosismo y la irritación de mi amiga.

—No puedo creer que lo hayas olvidado —murmuró—. Está claro que no te importa mucho lo que sucede a tu alrededor.

—Es verdad que he estado un poco distraído —admití—. Pero, Sahar... Yo creía... Tú no puedes casarte con ese tal Nasser. ¿Qué pasaría con Diego entonces?

Sahar me arrastró a la sombra de los soportales y se encaró conmigo. Sus expresivos ojos oscuros tenían un brillo acuoso, pero ella se esforzaba por retener las lágrimas.

—¿Cómo quieres que sepa lo que pasa con Diego? —me susurró con una voz tan alterada que sonó como un grito

ahogado—. ¿Es que no te has fijado? Nunca está aquí. Últimamente pasa más tiempo en el arrabal cristiano del otro lado del río que ayudando a mi padre. Está tramando algo, ¿no te das cuenta? Quiere irse.

Me quedé pensando un momento antes de responder.

—Sahar, tú sabes tan bien como yo que en esta ciudad no hay sitio para Diego. Él no pertenece a este lugar. Antes o después, tendrá que volver a su tierra y luchar por recuperar lo que es suyo... Es lógico que intente hacer amigos entre los cristianos.

—¿Lógico? Pues yo no lo veo nada lógico. Mi padre lo acogió en su casa, le ofreció un puesto como aprendiz, pero él no muestra ningún interés por la medicina. Al contrario, se diría que le repugna... ¡Es un desagradecido!

—No es cierto. Lo que pasa es que no se puede cambiar a las personas. Por mucho que te empeñes, Sahar, no convertirás a Diego en un médico. No le gusta, no ha nacido para eso.

—Pero al menos podría intentarlo... por mí.

Nos miramos en la penumbra. El olor de las lilas recién florecidas inundaba el patio. Era una mañana fresca, luminosa y fragante... y allí estábamos Sahar y yo, incapaces de apreciar la belleza que nos rodeaba, sintiéndonos profundamente infelices... aunque por diferentes motivos.

—¿Tú crees que... si Diego se esforzase más por aprender el arte de la medicina... las cosas serían más fáciles para vosotros? —pregunté después de un breve silencio.

Sahar se apoyó en una de las columnas de los soporales e inclinó la cabeza hacia delante. Un largo tirabuzón negro se desprendió del velo de seda que envolvía sus cabellos.

—Al menos... tendríamos una posibilidad —contestó, vacilante—. Mi padre tal vez terminaría aceptándolo. Pero él no quiere luchar por ello... ni siquiera lo intenta.

—¿Y el otro, Nasser? Desde que volvimos del norte, nunca ha venido por aquí.

—No sería decoroso. Pero las conversaciones entre mi padre y su familia han continuado. Y ahora, Abbas está a punto de llegar. ¡Algo ha pasado, seguro! Akil, por favor, escucha por mí... Van a reunirse en el salón de las lámparas, justo debajo de mi cuarto. Solo tienes que subir conmigo y escuchar. Yo no oiría nada, pero tú, con tus poderes, seguro que sí.

No tenía ningún argumento para negarme, de modo que seguí a Sahar hasta su habitación. Al atravesar el segundo patio, el de la alberca, nos cruzamos con Fátima, la antigua nodriza, que al vernos juntos arrugó la nariz como si el aire a su alrededor oliese mal. Sahar se llevó un dedo a los labios, para indicarle que fuese discreta.

—¡Maldita casa de locos! —refunfuñó Fátima, mirándonos mientras subíamos las escaleras—. Si hubiese sabido que en mi vejez tendría que vivir rodeada de tanta insensatez y tantos disparates, le habría pedido a Alá que me llevase junto a él hace mucho tiempo.

\* \* \*

Sahar tenía razón. Aunque mis poderes ya no son lo que eran, oí los pasos del padre de Nasser antes incluso de que pisase el zaguán de nuestra casa. Le oí preguntar por Tareq, e incluso pude captar su respiración rápida y jadeante mientras esperaba a que Alí fuese a buscar a su amo. Debía de ser un hombre ya de cierta edad, a juzgar por aquella respiración fatigada...

—Ya viene —le advertí a Sahar.

Ella asintió desde su cama, donde permanecía sentada con las piernas cruzadas y completamente erguida, alerta. Yo me tumbé sobre la bella y desgastada alfombra y pegué el oído derecho al suelo, para escuchar mejor.

Pocos instantes después, los dos hombres entraron juntos en el salón. Tareq le ofreció asiento a su huésped y ordenó a Alí, el criado, que trajese un refrigerio de las cocinas.

Oí los pasos del siervo al salir de la estancia, y poco después la voz de Abbas.

—No deberías permitir que tus criados incumplan los preceptos del Islam, amigo Tareq.

—¿Lo dices por Alí? —preguntó el médico, sorprendido—. Es un buen musulmán, lo ha sido siempre.

—¿Es que no lo has visto con tus propios ojos? Estaba sentado en el patio tallando una de esas figurillas que los frívolos regalan a los niños en la fiesta de Nayruz. Un cordero, parecía. Imagínate qué diría de eso un jurista...

—Vamos, Abbas, no es más que un juguete sin importancia. Probablemente lo esté haciendo para alguno de sus sobrinos. Su hermana es lavandera y quedó viuda hace un par de años. Él ayuda en lo que puede...

—¡Lavandera! Peor me lo pones —insistió Abbas—. Todo el mundo sabe que las lavanderas tienen mala reputación.

—Ya, pero alguien tiene que lavar la ropa... ¿Por qué te enfadas tanto, Abbas? Antes, que yo recuerde, no eras así. Ese pobre hombre no estaba haciendo nada malo. No pretenderás que lo eche de mi casa por tallar un juguete para un niño.

—Los tiempos han cambiado, Tareq; y tú pareces no darte cuenta. Para seguir viviendo como hasta ahora, hay que adaptarse. No se puede ir contra la corriente.

—Ni yo lo pretendo, amigo mío. Nunca lo he pretendido. Pero me parece que un poco de comprensión hacia los que son menos afortunados que nosotros nunca viene mal.

Se hizo un incómodo silencio entre los dos hombres mientras Alí, que acababa de regresar, servía los pasteles y las bebidas. Capté el aroma casi imperceptible de unas roscas fritas con miel... Alí salió rápidamente del salón, y Abbas volvió inmediatamente a la carga.

—Perdóname si he dado la impresión de querer inmiscuirme en tus asuntos, pero no debes olvidar que tus asuntos pronto serán también los míos si nuestros deseos se cumplen. Sé que lo del juguete no tiene mayor importancia, pero si me he permitido señalártelo, es porque en la ciudad corren muchos rumores... rumores que nos perjudican a ti y a mí.

—¿Rumores? —Tareq parecía perdido—. ¿Qué clase de rumores?

—Sobre tus nuevos aprendices. ¿Dónde tenías la cabeza cuando los aceptaste, viejo amigo? No debías de estar en tus cabales... ¿Pero tú te das cuenta de lo que has hecho, Tareq? Tres mozos jóvenes en tu casa... ¡Y eso no es lo peor! Resulta que uno es judío y otro cristiano.

Tareq calló unos instantes. Desde la alfombra, alcé los ojos, y mi mirada se cruzó con la de Sahar.

—¿Qué dicen? —preguntó en voz baja—. No oigo nada...

—Chist. Después.

Le indiqué que guardase silencio porque su padre había vuelto a hablar.

—No es fácil encontrar buenos aprendices en estos tiempos —estaba diciendo—. Nadie puede culparme por querer asegurar el futuro de mi negocio. Sobre todo, teniendo en cuenta que no tengo hijos varones.

—Nadie dice que no puedas tener aprendices; aunque es cierto que su presencia en la casa de una joven casadera puede desatar las lenguas y afectar a la reputación de tu hija...

—Haga lo que haga, parece que la gente siempre tiene algo que decir —se quejó Tareq—. Cuando no tenía aprendices, la gente murmuraba porque mi hija me ayudaba en el laboratorio. Para evitar las murmuraciones, voy y contrato a esos jóvenes. Y ahora resulta que tampoco está bien...

—A ver, Tareq, piensa un poco. Ella es una doncella. No está bien que duerma bajo el mismo techo que esos... esos aprendices, como tú los llamas. Si de verdad los necesitabas, deberías haber enviado a tu hija a vivir con su hermana Samira. Su marido, Yusuf, es un hombre respetable, y en palacio lo tienen en mucha consideración.

—Eso he oído, sí —contestó Tareq sin demasiado entusiasmo—. Pero bueno, Abbas, lo que diga la gente no debería ser el tema de esta conversación. Me figuro que tú no prestarás oídos a esas murmuraciones...

—Claro que no, amigo mío, claro que no. Si te hablo con tanta crudeza no es porque yo sospeche de tu honradez ni de la de tu hija, sino porque tu nombre y el de ella me son casi tan preciados como los míos. Seamos claros, Tareq. Lo que te afecta a ti, me afecta a mí. Nuestras familias están a punto de unirse, y no quiero que suceda nada que pueda empañar la felicidad de nuestros hijos.

—¿Y qué podría suceder? Francamente, Abbas, creo que exageras.

—Tal vez. Pero yo trato a diario con las gentes del emir, y conozco mejor que tú a sus clérigos. ¿Es que no sabes que han prohibido a los buenos musulmanes enseñar su ciencia a los infieles? Y tú vas y coges como apren-

dices a un judío y a un cristiano. Podrían llevarte ante un tribunal...

—No me llevarán —murmuró Tareq, aunque su tono era inseguro—. Algunos de esos clérigos son mis pacientes. Ellos me respetan. Sé que no me atacarán si no les doy motivos para ello. Además, sobre lo de mis aprendices... Uno de ellos, el judío, prácticamente ya no vive aquí. Está aprendiendo a leer las estrellas en casa de Ibn Bayya, que como sabes es amigo mío.

—Sí, lo sé. Otro motivo más de preocupación —suspiró Abbas—. La amistad de ese sabio puede ser peligrosa. Estuvo encarcelado, no sé si lo sabes...

—Todo fue un error. En Saraqusta, los señores almorávides lo trataban como a un rey. Y cuando los cristianos se hicieron con la ciudad, él podría haberse quedado, pero prefirió huir... Deberíamos estar orgullosos de que haya decidido refugiarse en nuestra ciudad; es un honor para Isbiliya.

—No es eso lo que piensa todo el mundo, Tareq. Pero en fin, no he venido aquí para discutir. Tratemos de lo nuestro. Me pediste que esperase y te escuché, pero ha pasado un año y no puedo seguir esperando más. Mi chico, Nasser, ya tiene edad de sentar la cabeza. Será bueno para él y será bueno para tu hija y para ti. Una boda respetable acallaría muchos de los rumores que últimamente rodean a esta casa.

—Sahar es muy joven todavía, Abbas. ¿Por qué no esperar al año que viene?

—No —La respuesta de Abbas fue tajante—. Escúchame, Tareq, los dos necesitamos esa boda. Creo haberte explicado ya por qué la necesitas tú. Sahar no puede permanecer más tiempo aquí, bajo el mismo techo que tus aprendices infieles. Y en cuanto a mi hijo...

—¿Qué pasa con Nasser? ¿A qué vienen las prisas?

—Voy a ser franco contigo, Tareq. Mi hijo me preocupa. Ha cambiado... está inquieto, y me he enterado de que últimamente frecuenta algunas amistades que no son de desear. No sé qué le pasa, es como si no estuviese conforme con su vida. Tengo miedo, temo que se meta en algún lío.

—¿Y esas son tus razones para querer casarlo con mi hija? Te agradezco la sinceridad, Abbas, pero, francamente... Si tu hijo tiene problemas, preferiría no ver a Sahar mezclada en todo eso.

—No, no me has entendido —replicó Abbas con prontitud—. No se trata de juergas, ni de conductas reprochables. No, todo lo contrario... Mi hijo es un idealista. Se le ha metido en la cabeza que esta ciudad merece algo mejor que lo que tiene en la actualidad. No sé si me sigues...

—Yo tampoco —admitió Tareq en voz baja—. ¿Es un... es un conspirador?

—Calla, no lo digas así —susurró Abbas—. Digamos que... como todos los jóvenes, es un soñador, y que sus sueños le están haciendo perder la noción de la realidad. Esos amigos que frecuenta tienen planes; en su insensatez, creen que pueden echar a los almorávides y hacer que todo vuelva a ser como en los viejos tiempos. Supongo que me entiendes...

—Lo que yo decía —gimió Tareq—. Habría preferido que fuese lo otro, Abbas. Que tu hijo fuese un juerguista, un jugador, que bebiera...

—Nasser es un buen musulmán. Todo esto no es más que un arrebató de juventud, y yo sé que empezó cuando tu hija partió a buscarte hacia el norte. Por lo visto, antes de irse habló con Nasser. Y él se quedó muy impresionado... Si quieres que te diga la verdad, creo que todo lo que está haciendo lo está haciendo por ella. Quiere de-

mostrarle que es valiente, que merece su amor. Pero, si se casan y ella le hace ver que ese no es el camino, Nasser volverá a ser el de siempre. Necesita sentar la cabeza. Todavía no ha cometido ninguna tontería, y tenemos que impedir a cualquier precio que llegue a cometerla.

—Entonces, tú propones...

—Que celebremos la boda en la fiesta de Mahrayan. Faltan poco más de tres meses. Tiempo más que de sobra para comprarles una buena casa y arreglarla a gusto de los jóvenes. Yo correré con los gastos, por supuesto. Y en cuanto a la dote... lo he hablado con Nasser y me ha pedido que te comunique que está dispuesto a renunciar a ella.

—No hace falta que renuncie. Sahar no es hija de ningún pordiosero, y aportará lo que tenga que aportar. Pero es un gesto muy noble de parte de tu hijo, un gesto que le honra.

—Te lo dije; está enamorado. Y es un chico excelente, Tareq. No encontrarás un marido mejor para tu hija.

—Entonces, ¿antes de venir aquí has hablado con Nasser?

—Así es. Tenías que haber visto lo nervioso que se puso, el pobre... Quiere que te pida permiso, con todo respeto, para visitar tu casa esta misma semana.

—Y dices que la quiere...

Tareq parecía pensativo.

—Sé que algunos no lo verían bien, pero dejemos que se conozcan, Tareq. Estoy seguro de que, cuando tu hija descubra las cualidades de Nasser, no pondrá ninguna objeción al matrimonio. Solo te pido eso, que le abras las puertas de tu casa para que pueda presentarte sus respetos.

—Quizá no sea mala idea. No puedo imponerle a Sahar una boda forzada. Quiero su felicidad por encima

de todo. Pero, si tu hijo consigue enamorarla de aquí al solsticio de verano... Los dos contarán con mi bendición.

—Que Alá te bendiga, amigo mío. Eso era cuanto quería oír... Tú deja que se conozcan. Sé que simpatizas con las ideas de Nasser, aunque seas demasiado prudente para decirlo. Estaba seguro de que eso ablandaría tu corazón...

—Ahora, es preciso que logre ablandar el de mi hija.

—Lo ablandará. Es joven, apasionado y apuesto. Créeme, basta con que le abras tus puertas... y lo que tenga que ser, será.

## Capítulo 2

**M**IENTRAS LE CONTABA los detalles de la conversación entre Abbas y Tareq, Sahar me escuchaba con sus grandes ojos oscuros clavados en el la celosía de madera de su ventana. Lo más que hacía de vez en cuando era alzar levemente las cejas; en ningún momento me interrumpió... se veía que estaba reflexionando profundamente.

Cuando terminé de hablar, nuestras miradas se encontraron.

—O sea que, si todo sale como ellos quieren, dentro de poco más de tres meses estaré casada —dijo Sahar en tono tranquilo.

Me sorprendió su aparente serenidad. No parecía demasiado sorprendida; era como si se hubiese estado preparando para aquella noticia desde hace mucho tiempo.

—Me pregunto que dirá Diego cuando lo sepa —murmuró.

—Un momento; no estarás pensando en aceptar...

—¿Y qué otras opciones tengo? —En la firmeza de su tono había una nota de desesperación—. Él se irá; se irá tarde o temprano. Y yo no puedo quedarme eternamente con mi padre, sería una carga para él.

—¿Una carga? —protesté—. Pero si tú le ayudas...

—Eso no importa. Podré seguir ayudándole mientras lo haga en secreto, pero cuando él ya sea demasiado anciano para recibir y examinar a sus pacientes, yo no podré sustituirle. Los clérigos me denunciarían, soy una mujer... y, si no me permiten trabajar, ¿de qué vamos a vivir? Tengo que pensar en mi futuro, y en el de mi padre.

—Pero tienes a tu hermana Samira. Ella tiene dinero.

—No es suyo, Akil. Es de su marido. Y, francamente, preferiría depender de mi marido a depender del marido de otra mujer.

Me sorprendió que Sahar hablase de un modo tan práctico sobre el matrimonio. Yo sé que ella no es así, en el fondo... seguramente se habría repetido a sí misma esos argumentos cientos de veces, tratando de convencerse de que eso era lo correcto. Pero, a juzgar por la tristeza de su expresión en aquel instante, aún no había conseguido convencerse del todo.

—Esto es un disparate, Sahar —dije, profundamente afectado por sus palabras—. Diego y tú estáis hechos el uno para el otro. No es posible que quieras renunciar a eso.

—No depende de mí. Ni tampoco de Diego, seguramente —repuso Sahar con voz apagada—. Pertenece a mundos distintos, y ni él ni yo podemos hacer nada para cambiarlo.

—Pero tú estás enamorada de él; y él de ti...

—No sé, Akil. Yo no estoy tan segura. Si él me quisiera de verdad, no estaría buscando la manera de alejarse de mí. ¿Sabes lo que pienso? Creo que va a alegrarse cuando se entere de lo de mi compromiso con Nasser. Eso le facilitará mucho las cosas.

Miré a Sahar como si hubiese perdido la cabeza.

—¿De qué estás hablando? Diego se morirá de pena cuando sepa lo del compromiso. No puedo creer que le conozcas tan poco...

—Si de verdad piensas eso, es mejor que, de momento, me guardes el secreto, entonces.

Las pestañas de Sahar aletearon sobre la suave oscuridad de sus ojos.

—¿Me estás pidiendo que no le diga nada a Diego?

—Por ahora, al menos. Hasta que yo tenga las cosas más claras... ¿Me prometes que no se lo dirás?

Me levanté de la alfombra y sostuve su mirada un momento.

—No, Sahar. Diego es mi amigo... Lo siento, pero no puedo prometerte nada.

\* \* \*

Dejé a Sahar en su habitación y fui a buscar mi capa para salir a la calle. Antes de abandonar la casa, cogí un puñal del arcón donde Diego guarda sus pertenencias y lo sujeté a mi cinturón. El objeto me llevaría hasta su dueño... solo tenía que dejar que me guiara.

Una cosa que los humanos raramente llegan a comprender acerca de la magia es que, a menudo, todo lo que debemos hacer para usarla es no interponernos en su camino. En el caso del puñal, por ejemplo, yo sabía que no debía pensar en él, ni tampoco en el trayecto que mis pasos iban a seguir, ni en la dirección que debía tomar para encontrar a mi amigo. Entre cada objeto y su dueño existen vínculos invisibles y extremadamente delicados. Un solo pensamiento puede romperlos... pero, si se tiene cuidado, esos lazos pueden guiarnos hasta la persona que buscamos. Es más difícil de lo que parece; hace falta mucha paciencia, mucha fe, y no he conocido

a ningún ser humano que reúna ambas cualidades en la cantidad suficiente como para dominar la magia de los vínculos.

Aquella mañana, tuve que esforzarme más que de costumbre para aquietar mi mente mientras mis pies se dejaban arrastrar hasta la orilla del Guadalquivir. Al otro lado del río, que parecía una cinta de oro y plata bajo el sol de mediodía, se veían las casas blancas del arrabal mozárabe. Es donde viven la mayoría de los cristianos que aún quedan en la ciudad. Muchos se dedican al comercio del vino, y eso les trae continuos problemas con la autoridad almorávide, que no tolera la venta de alcohol en Isbiliya.

Esperé pacientemente sentado en una piedra, muy cerca del puente de barcas que comunica las dos orillas del río. Diego estaba cruzando. Podía sentir su presencia, cada vez más cercana...

Acababa de cerrar los ojos para protegerlos de la intensa luz del sol cuando oí la voz del cristiano. Me estaba llamando desde una barca cargada de sacos de grano. Un instante después, saltó a la orilla.

—¿Qué haces ahí, Akil? —me preguntó en tono alegre—. ¿Contemplando el agua?

—Te estaba esperando. Tenemos que hablar.

El tono de mi voz debió alertarle de que algo no andaba bien.

—¿Ha ocurrido algo malo? Akil, no me asustes...

—Ven conmigo. Tengo que contarte una cosa.

Tomamos un sendero de arena blanca que se internaba en una alameda. El viento removía el verde plateado de las hojas sobre nuestras cabezas, y de cuando en cuando veíamos una garza levantar el vuelo, asustada por el ruido de nuestros pasos. Diego me miraba de reojo, impaciente, pero no insistió con sus preguntas hasta que estuvimos a cierta distancia del embarcadero.

—Bueno, ¿qué pasa? Debe de ser grave, por la cara que pones.

—Lo es; al menos, a mí me lo parece. Hoy ha venido a casa Abbas, el padre de Nasser. ¿Sabes quién es Nasser?

Noté que Diego palidecía.

—He oído hablar de él. Pero creía que esa historia era agua pasada...

—Quiere acelerar los preparativos de la boda entre su hijo y Sahar. Parece tener mucha prisa... Y Tareq está de acuerdo.

Durante unos segundos, solo se oyó el rumor del viento entre las hojas de los álamos.

—¿Para cuándo? —murmuró Diego al fin con un hilo de voz.

—Para la fiesta de Marahyan. Se celebra la primera noche del verano, la más corta del año. Aquí es costumbre preparar tortas de queso blanco y encender hogueras.

—Sí, es como nuestra fiesta de San Juan —murmuró Diego con aire ausente—. Allí también encendemos hogueras.

De nuevo se quedó callado mientras seguíamos atravesando el mosaico de luces y sombras de la alameda.

—Sahar dirá que no —dijo después de un rato—. No aceptará esa boda.

Le cogí de un brazo y le obligué a detenerse y a mirarme.

—¿De verdad lo crees? Ella tiene que pensar en su futuro, Diego. No tiene muchas opciones... Ella no puede ejercer el oficio de médico, y tampoco quiere convertirse en una carga para su hermana mayor.

Diego se desasíó de mí con brusquedad.

—Estás diciendo tonterías. Ella... sí puede elegir. Hay otras posibilidades...

—¿Cuáles?

Nos miramos en silencio. La brisa removía los cabellos de Diego, dándole un aire aún más salvaje y desaliñado que de costumbre. Sus ojos azules parecían dos joyas brillantes que iluminaban su rostro en la penumbra.

—Estoy yo —dijo torpemente—. Sahar lo sabe.

Sentí una especie de ternura hacia él, hacia su rudeza y su ignorancia. ¿Cómo era posible que supiese tan poco del mundo? Mi pobre amigo...

—Yo no estaría tan seguro —observé en tono pausado—. ¿Tú le has dicho algo? ¿Le has hecho alguna promesa?

—¿Promesas? ¿Y qué podría prometerle, Akil? —estalló Diego, incapaz de ahogar su rabia por más tiempo—. No tengo nada, no me queda nada. Estoy haciendo lo que puedo para recuperar lo que es mío, pero nadie parece dispuesto a ayudarme. Esos tipos del otro lado del río... Dicen que me pondrán en contacto con este y con el otro, pero todo es humo. Un día me presentan a un sacerdote que dice conocer a un fraile en Oviedo, otro día me aseguran que un comerciante de vinos podría ocuparse de llevar mis cartas al norte... ¿Cómo quieres que le prometa nada a Sahar? Dependo de esa gente, y no me fío de ellos, de ninguno. Quiero tener algo que ofrecerle, pero no sé ni por dónde empezar.

—Es que has elegido el camino más difícil. Todavía sigues pensando en la herencia de tu padre, en el Castillo de Tovar... Pero es muy improbable que lo recuperes, Diego. Por lo que me has contado, tu padrastro ha sabido buscarse protectores influyentes. Quizá tendrías que plantearte otras posibilidades.

—Ya lo hago —gruñó Diego, cabizbajo—. He pedido a esas gentes que me busquen un nuevo señor. Soy bueno con la espada y con el arco, y estoy dispuesto a jurar fidelidad a aquel que quiera mis servicios... Sería una forma de empezar de nuevo.

—Pero eso significaría volver al norte —dije, pensativo—. Y en ese caso, ¿qué harías con Sahar? Ella no podría acompañarte...

—Lo sé. Tendría que irme solo, buscarme la vida. Cuando tenga tierras y un hogar que ofrecerle, volveré a buscarla.

—Pero podrías tardar muchos años...

—Lo sé.

Habíamos llegado a un claro entre los álamos desde donde se podía divisar una parte del río. En ese instante, una barcaza cargada de madera se deslizaba majestuosamente sobre el oro verdoso de las aguas. Nos sentamos en la suave pendiente que descendía hacia la orilla y contemplamos la embarcación en silencio hasta que la perdimos de vista.

—También podrías labrarte un futuro aquí, en Isbiliya —dije yo después de un rato—. Tareq está siendo muy generoso contigo. Intenta enseñarte su profesión... sin mucho éxito, me temo.

Una sonrisa irónica transformó el perfil de Diego, que seguía mirando fijamente las aguas del Guadalquivir.

—Soy un médico pésimo... ¿Qué culpa tengo yo? He intentado poner en práctica las enseñanzas de Tareq, pero mis manos son demasiado toscas, no puedo enseñarles la delicadeza que se necesita para limpiar una herida o devolver un hueso a su sitio. Me confundo al pesar los ingredientes de los ungüentos, hago daño a los pacientes... y ni siquiera puedo leer esos libros de donde ellos sacan su maldito saber, porque no entiendo la escritura ni el idioma en el que están escritos.

—Pero podrías aprender. Solo necesitas un poco más de tiempo...

—No, Akil —Diego meneó tristemente la cabeza—. Yo no sirvo para eso. Lo siento por Sahar, pero sé que ja-

más llegaré a ser un buen médico. Yo sirvo para otras cosas. Soy un guerrero. Sé tensar el arco, luchar a espada, cazar, pelear. Sé que no son cosas que a ella la impresionen, pero es lo único que he aprendido... y lo único que puedo hacer para ganarme la vida.

—Ya. —Me quedé un momento pensando en el significado de aquella respuesta—. Entonces, no vas a luchar por ella. Ni siquiera vas a intentarlo.

—Sahar sabe que, si estuviera en mi mano, yo le pediría que uniese su vida a la mía. Pero ahora mismo no puedo. No tengo nada, así que no puedo pedirle nada. Sería demasiado egoísta por mi parte.

—O sea, que vas a dejar que se case con otro...

Una expresión de ferocidad atravesó los claros ojos de Diego.

—No, si puedo impedirlo —contestó en voz baja—. Pero no me preguntes cómo pienso hacerlo, porque todavía no lo sé.